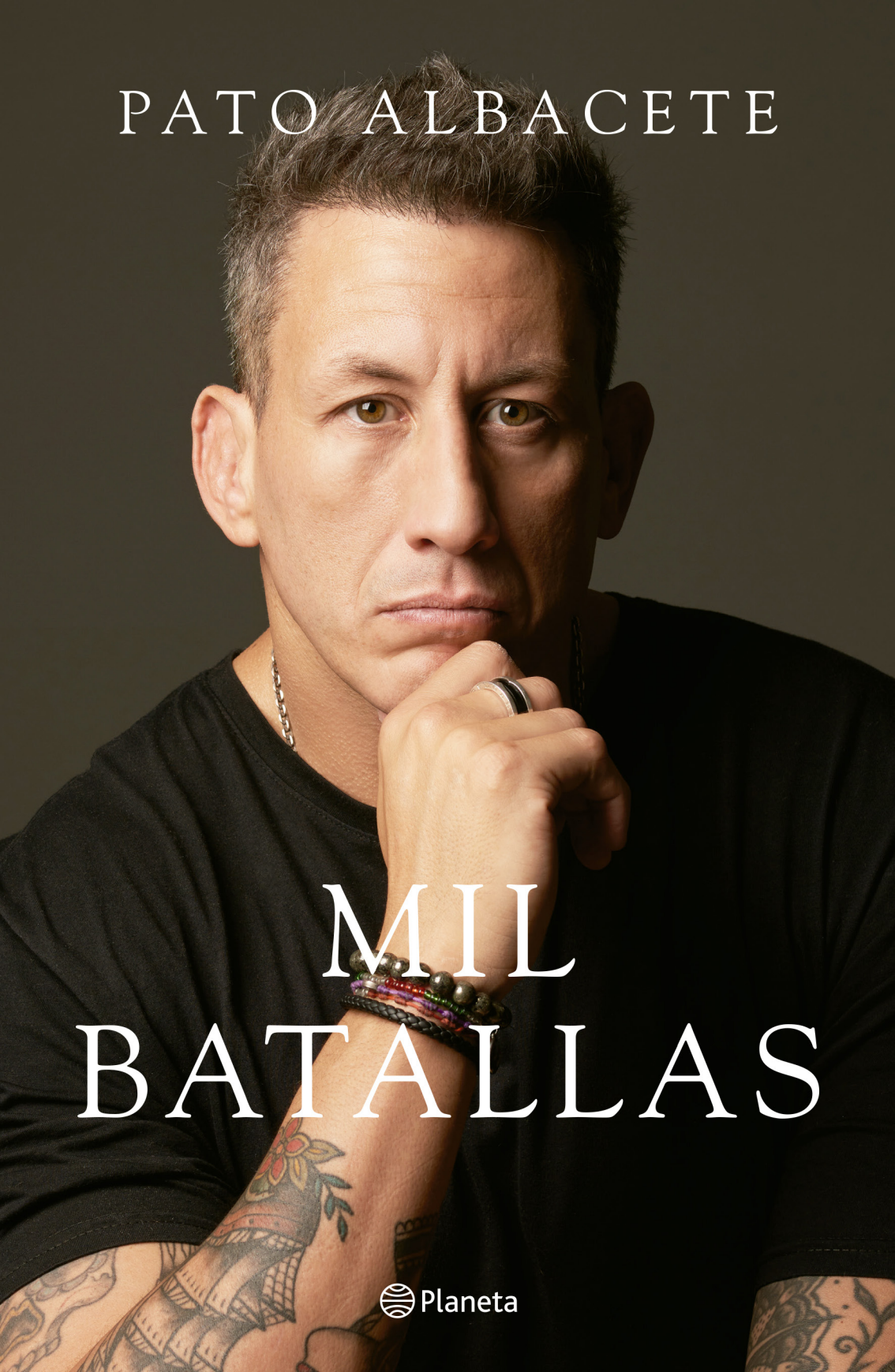


A close-up portrait of a man with short, dark hair and light brown eyes. He is wearing a black t-shirt and has a serious expression. His right hand is resting under his chin, with a silver ring on his ring finger. He has several colorful beaded bracelets on his right wrist and a tattoo of a ship on his right forearm. The background is a solid dark grey.

PATO ALBACETE

MIL
BATALLAS

Pato Albacete

MIL BATALLAS

Y^a está.

Es el 9 de marzo de 2019 y el pasillo me espera. Y ellos me esperan. Pasaré entre aplausos, palmadas, sonrisas y abrazos. Pasaré por un enjambre de afecto para iniciar mi final, mi despedida.

Estoy en el vestuario y cuando dé el primer paso hacia ese pasillo empezaré a alejarme de veinticuatro años de pasión, de dedicación, de fervor, de lucha, de alegrías, triunfos, tristezas, derrotas, de hermandad, de unión, también de enfrentamientos, deslealtades, sinsabores... He aprendido a confiar, a querer, a brindarme, hice amigos, sé de la fraternidad, confío en ellos. También supe escuchar a otros, leer sus miradas, a recordar en ese instante la frase de Hunter S. Thompson: «Reza a Dios, pero rema lejos de las rocas».

Dejaré de sentir, ahí sentado, el frío del banco. Dejaré de escuchar palabras de aliento, la risa nerviosa, el croar de los botines contra el piso, la ducha que crepita. De las madrugadas guardaré siempre el aroma del pan recién salido de los hornos, y del vestuario, ese vapor pegajoso, el persistente y *evanescente reino de los olores*, mezcla de linimento, desinfectante, la mohosidad de una camiseta que fue usada (y me pregunto cómo no hay un perfumista como Grenouille para que los concentre).*

Me esperan. Entraré en la cancha pasando ese túnel conformado por amigos que vinieron de todos lados para estar a mi lado. Caminaré y dejaré esos veinticuatro años que transcurrieron de manera

* Frase y personaje principal de la novela *El perfume*, de Patrick Süskind. (N. del E.)

intensa, mensurándolos de otra forma. Te das cuenta de la cantidad de años que jugaste cuando no medís el tiempo por temporadas, los medís con los dolores que se asoman cada mañana y repasás el momento exacto en el que te lesionaste. Ese es el calendario y te cae la ficha de los años que pasaron.

Entonces voy hacia los que están al borde de la cancha, a curarme una vez más con el afecto, el abrazo desperjuiciado, la palabra de aliento que revive mencionada en otras lenguas, porque han venido a mezclarse en una sola cosa: el reconocimiento y el cariño a un tipo que dio todo en la vida y en una cancha de rugby.

«Vamos muchacho, buen juego», me diría, por última vez, el querido DT de Los Pumas, Marcelo «Tano» Loffreda.

Pasaron veinticuatro años desde que mi hermano Gastón me llevó a jugar con la M15 que él entrenaba en el club Manuel Belgrano. Allí hice amigos y disfruté con ellos cada minuto compartido dentro y fuera de la cancha. Fui Pumita, competí en la Primera de mi club, jugué quince años al máximo nivel en Europa, fui titular en tres mundiales con Los Pumas e integré el equipo de Stade Toulousain, con un plantel formado por jugadores internacionales de primer nivel, y en unas de las mejores décadas de su existencia.

Tuve como entrenadores a algunos de los más ganadores de la historia del rugby mundial, como Guy Novès, Yannick Bru, Philippe Rougé-Thomas o hasta Jean Baptiste Éliassalde.

Generé una hermandad con tipos como Yannick Nyanga, el tercera línea de sonrisa amplia y genuina, de manos fuertes y firmes en las que pueden leerse historias de resistencia, compromiso y esfuerzo, y Thierry Dusautoir, el hombre con la mirada de un estratega, analítica y meticulosa, siempre evaluando el siguiente movimiento y que al mismo tiempo refleja una calma interior, como si nada pudiera desestabilizarlo, mi amigo *sonrisa de pan*. Con ellos viví experiencias que nos quedarán marcadas para siempre.

Competí con los equipos nacionales desde las etapas juveniles hasta el seleccionado mayor. Y atravesé procesos en los que conviví con distintos grupos, con sus particularidades y costumbres, alternando alegrías, tristezas y diferentes maneras de relacionarse.

Si te preguntan por qué jugás al rugby, difícilmente digas «porque me gusta» y nada más. Camino hacia ese pasillo y me doy cuenta de que jugué para muchos. Jugué por mi familia, por mis padres... mis viejos (a quienes no puedo separar uno del otro, indefectiblemente), por mi club, Manuel Belgrano, por mis amigos, esos con los que se generan fraternidades genuinas, los que van a estar presentes pase lo que pase.

Terminé una carrera muy larga, jugué hasta el máximo de lo que pude, hasta el máximo que dio mi cuerpo para estar en el primer nivel, a mí no me interesaba competir en una categoría de segunda.

Y entonces me retiré.

Tal vez lo que más extraño de ser más joven es que a veces miro para atrás y me sorprende aquella capacidad física, los pocos dolores, el hecho de ir al choque, rebotar y cagarte a palos todos los días. Podía hacerlo.

Hoy miro al jugador de aquella época y digo: «Ah, este está loco...». ¿Cómo hacía yo eso? No lo puedo creer. Seguí jugando pese a los golpes, seguí amando la camiseta pese a las adversidades y ante todo eso te decís, te repetís, se te graba: «Cuando algo te duele tanto, ya no hay dolor».

Me saqué las ganas de todo, tuve la experiencia, conocí a mucha gente, fui a ser campeón, peleé descensos y salí campeón de Europa.

Soy un afortunado, viví muchísimas cosas del rugby. Disfruté cada momento al máximo y cada uno fue único e indescriptible. Viajé por el mundo y viví del deporte que amo hasta que el cuerpo empezó a pasarme facturas y me fue avisando.

Te lo dicta el corazón, pero sin darte cuenta volvés... buscás jugar más con tus amigos que con *el equipo*. Buscás tu jauría.

Empecé esta hermosa aventura con amigos y con ellos quise terminar. Mi *Volver al futuro*.

Jugué mi último año en París junto a Yannick Nyanga y Manucho Carizza. También Juan Imhoff. Me pinchaba el Racing 92, porque tenía un equipazo.

Pero desde que me rompí los ligamentos cruzados en Toulouse todo fue más difícil. A pesar de haber tenido varias lesiones importantes, siempre tendí a recuperarme rápido y a no perder regularidad.

Después de tantas temporadas practicando un deporte de contacto es lógico que hayas tenido lesiones. Pero jugaba igual, infiltrado o como fuera.

A veces no te queda otra que jugar *un poco* lesionado. Y querés estar presente no solo por orgullo, sino porque no querés perder un partido, porque no querés que tu club pierda *ese* partido. Y entonces, en algún momento, empezás a sentir un dolor punzante, el sufrimiento empieza a tomar forma de una bestia voraz que te va comiendo cada parte del cuerpo y no para. Sigue con una ferocidad insaciable.

Siempre tuve presente algo que decía Juan «Coco» Benzi, un Puma del 65, cuando me entrenó en Los Pumitas: «Hay lesiones soportables e insoportables. Las soportables son las que nos permiten seguir adelante apretando los dientes y bancando al equipo. Las otras son por las que nos tienen que sacar en camilla de la cancha».

Esa lesión de los cruzados, con 36 años, fue complicada.

Sabés al instante qué tipo de lesión es: una rotura, un desgarró, no es igual que un golpe, una torcedura, un esguince o una quebradura.

A veces el dolor adquiere el ensañamiento de un torbellino de fuego que gira, te envuelve y quema con una intensidad que te nubla los sentidos.

Y me costó volver.

Jugué siete partidos, terminó la temporada y también finalizó mi relación con el Stade Toulousain después de once años integrando los Rouge et Noir.

Empezó la etapa en Racing, donde me recibieron de la mejor manera. Me sentí muy respetado por aquellos que durante años habían sido mis contrincantes, hoy compañeros.

Era un grupo de calidad, amable, con vocación de trabajo y buscando el beneficio del equipo, sin egos, algo sumamente difícil de encontrar en el rugby profesional hoy en día y que es un elemento fundamental gracias al cual el club está teniendo regularmente excelentes performances.

Tras una buena pretemporada, a tan solo una semana de arrancar el campeonato, me saco el hombro.

Seis meses sin entrar en las canchas y al lado del entrenador de forwards, opinando en las sesiones de videos.

Vuelvo a jugar y esta vez me explota la rodilla. Al caer, siento como si el suelo se hubiera abierto y me voy a un abismo sin fondo. Por un momento la agonía parece interminable. «Cuando algo te duele tanto...».

Me infiltran. Juego.

Me aplican PRP (inyecciones de plasma rico en plaquetas). Juego.

Me sacan líquido antes de entrar en la cancha. Quiero jugar. No puedo.

No doy más, aunque mi cabeza insista.

Después del partido con Section Paloise, en Pau, en febrero de 2018, no puedo volver más.

Intento, pero el dolor en la rodilla no me deja correr. Me hacen todo lo que se puede hacer. Aun así, la rodilla ya no funciona.

El cuerpo dice basta.

Jugué apenas cuatro partidos oficiales en Racing. Desde el punto de vista humano, fue un año espectacular.

Anuncio mi retiro.

Mi cabeza dice: «Quiero seguir. Puedo seguir».

Mi cuerpo dice: «Basta, no sigo. No puedo seguir».

El gen de la competencia se te ha desarrollado cuando te mirás en el espejo y no te ves, enfrente están acumulados tantos años de rugby que casi no los podés contar ni imaginar. Y cuando hacés algo bien, además de amarlo, la fascinación por el *uno más y dejo* es como quedarte encandilado por las luces en una calle de Shinjuku.*

La tentación a veces no tiene la apariencia del fruto prohibido bíblico. Un par de palabras alcanzan para adquirir forma y convertirse en nuestro primer sicario, pero digo: «No. No me tientes».

Yannick Bru está entrenando el Bayonne. Quiere que sea un guía para los jóvenes, que juegue solo los partidos de local. Muchas gracias, pero no.

Me invitan a integrar Los Pumas Classics. No, muy amables.

* Shinjuku es junto con Shibuya el barrio más cosmopolita y vivo de Tokio, con sus luces de neón, gente *fashion* y ambiente las veinticuatro horas.

Mi cuerpo desfallece. Ya se había retirado. No, muchas gracias. Otra vida me espera.

«Ser el mejor te quita felicidad, horas con tu mujer, con tus amigos, te quita fiestas, diversión. Ustedes tienen un problema muy grande. Muy, muy grande. [...] El éxito te quita la posibilidad de ser feliz. También es una elección. [...] Hay que saberlo».

Esta frase de Marcelo Bielsa es la esencia de lo que le espera en sus mejores años a un deportista de elite.

Para jugar durante tanto tiempo se requiere mucho sacrificio y una dedicación plena. Es el precio que se paga para desarrollar tu pasión y tu profesión al máximo nivel. Esa frase de Bielsa me guió y fui bastante obsesivo en cosas como la alimentación, el entrenamiento y los descansos.

Llegué tarde a la fila del reparto de destrezas y técnica individual, pero desde chico me inculcaron la cultura del trabajo, ideal para compensar falencias.

Comprobé que el trabajo duro, la constancia y la disciplina son indispensables para mantenerse en un nivel hiperprofesional.

No bajé los brazos, no me distraje en ningún momento. Mi etapa juvenil fue fugaz y plena de emociones hasta llegar a la división superior de Manuel Belgrano y mi paso por los planteles nacionales de M-19 y M-21 me catapultó tempranamente a Europa.

I've got you under my skin/ I've got you deep in the heart of me/ So deep in my heart that you're really a part of me/ I've got you under my skin... podría cantar, recordando este clásico de Cole Porter, cuando me preguntan o me plantean por mi obsesión por el entrenamiento, por esa suerte de inconformismo cuando hay algo que se sale de la raya.

Mis visitas a mi familia en la Argentina, compartir con mis amigos durante mi estada en el país se reducían, se diluían cuando retomaba mi actividad física o con las rutinas que me marcaba el número 1 de los personal trainers, Claudio Borges, antes del comienzo de las pretemporadas con el fin de progresar en los testeos y arrancar de la mejor forma física.

Tal vez, por haber sido el más chico de mi familia, de haber nacido con una notable diferencia de edad con mis hermanos,

también haya llegado tarde al reparto de capacidad negociadora: no pacto, no especulo. Me convertí en líder natural y fui elegido capitán en distintas etapas y equipos. Debía dar el ejemplo y nunca mostrar flaquezas. Si hubiera decaído habría traicionado a quienes confiaron en mí, a mi familia, a mis creencias. Soy consecuente con mis actos.

Siempre vieron en mí una capacidad innata de liderazgo, lo que implica una gran responsabilidad, más trabajo y, por momentos, muchísimo desgaste.

En todo grupo, los líderes se van imponiendo solos. En los momentos duros y de adversidad el equipo necesita personalidades que se impongan. Y a mí, tanto de parte del staff como de los jugadores, me invitaban a tomar decisiones.

Fui capitán en Pumitas Menores de 19 y Menores de 21, y en un amistoso en Los Pumas, contra Northampton, en Inglaterra, antes del Mundial de Francia. En el Stade Toulousain, el equipo más exitoso de Europa, también lo fui.

Ser capitán es inspirador, un alimento, un combustible para llegar a una meta. Puede sonar loco, o una burrada, pero es un impacto al orgullo. Cambia rotundamente la mirada de tu posición en el equipo. Más cuando tenés un grupo que te cuida, que te ayuda a hacer lo que les proponés, que te hace avanzar.

Los líderes genuinos se imponen solos, son considerados como tales por sus pares. Emergen cuando el plantel reconoce que alguien puede aportarles algo y que es interesante que esté en ese lugar, representándolos. No hay ningún reconocimiento que pueda superar el respeto y la consideración de tus compañeros.

Amé el rugby. Lo viví con pasión. Es un formador inigualable de conceptos, convicciones y valores que trascienden el campo de juego para constituirse en una *aventura humana*.

Con mis compañeros de las Juveniles de Manuel Belgrano aún hoy tratamos de mantenernos en contacto y estar presentes. Jorge Luis Borges decía: «La amistad no necesita frecuencia. En cambio, el amor sí». En la distancia, te das cuenta de que las amistades genuinas van más allá de todo.

Fui considerado uno de los mejores segunda línea del mundo, pero no van a recordarte por si fuiste bueno o malo jugando, ni por si saltabas bien en el line o si metías cuatrocientos tackles por partido.

Lo único que vale es que te recuerden por ser buena persona, honesta; por la manera en la que te manejaste y comportaste a lo largo de tu carrera, y no caer en la telaraña de la adulación en la que pueden envolverte con la seda de la complacencia, con un trasfondo de egoísmo.

También nos enfrentamos con duras situaciones, como lesiones, sacrificios, prohibiciones, lejanías y, en ocasiones, una temática de orden «político» que poco tiene que ver con el juego, pero sí con el deporte.

Es cuando aparecen dirigentes y exjugadores devenidos en dirigentes que se sienten dueños del equipo y pretenden seguir controlando las estructuras desde fuera del campo de juego, casi siempre en beneficio personal y en detrimento del grupo o conjunto. No aceptan que sus ideas sean cuestionadas, descalificando alevosamente la crítica o el hecho de pensar distinto

¿Tan rápido se olvidaron de que alguna vez jugaron al rugby y de que no siempre compartían las mismas ideas que la dirigencia?

¿Tan rápido se olvidaron de la real importancia de este deporte y, en lugar de generar cambios constructivos, se contaminaron y cayeron en los mismos errores? Si pueden actuar así, tan impunemente, es porque mucha gente involucrada (jugadores, entrenadores, otros dirigentes) prefiere callar y mirar para otro lado por miedo a perder su lugar, su cuota de poder, su estatus o simplemente su comodidad. Acá, también aplica: «Cuando algo te duele tanto, ya no hay dolor».

Le dan la espalda a un deporte en el que no hay lugar para el «yo» sino para el «nosotros», lo que necesariamente excluye actuar en pos de ventajas personales.

Como solía decir ese recordado ala Tomás Petersen: «El rugby me ayudó a sentirme alguien, y a la vez me dio una pauta para no sentirme demasiado».

Ya está.

Como en toda aventura, lo más importante no es el resultado final, sino la manera en la que construimos el camino.

Ya está.

Hoy termina una parte de la aventura. Hoy se despide el jugador. Pero la semana próxima comienzan otros capítulos.

A veces me pasa que sueño con el rugby. Sueño. Estoy adentro de la cancha y juego con mis amigos, claro.

No siempre son buenos sueños. La memoria también juega, pero la cancha siempre está llena, ahora escucho las tribunas y me despierto a punto de saltar a la cancha.

Me viene más a la cabeza Toulouse porque viví cosas fuertes, jugué once años ahí. Entonces es inevitable. Viví casi doscientos ochenta partidos para Toulouse y en Los Pumas jugué cincuenta y siete.

Algo repercutía en mi cabeza: la certeza de que el rugby tenía su fin y mi vida continuaría. Tuve esa certeza y, al margen de la promesa que le había hecho a mi padre en mi juventud, estudié. Soy un neurótico obsesivo que no le gusta saber a medias. Me gusta hacer posgrados, estudios superiores, así me pongo a prueba. Ya licenciado en administración de empresas, lo validé con un máster en Francia, también me dediqué a los negocios e hice varios estudios relacionados con economía.

Me veo hoy, reposado, feliz con mi mujer, me dedico a la vida. «Desistí de quedarme reviviendo el pasado, y preocupándome por el futuro. Ahora, me mantengo en el presente, que es donde la vida acontece», dijo Chaplin.

Al futuro lo miro con avidez, ilusión. Voy a seguir aprendiendo. Me doy vuelta y miro el pasado. Sonrío agradecido. Ya está.

1

El 5 no es un número.

Si el pintor belga René Magritte debajo de la imagen de una pipa escribió *Ceci n'est pas une pipe*, que en castellano significa: «Esto no es una pipa», afirmo que el 5 no es un número.

El 5 es la audacia, la sensualidad, la rebeldía y la libertad que invita a deshacerse de ataduras o de limitaciones. No es un número.

El 5 es mágico. Así lo dice la numerología, una disciplina que combina la matemática con la mística.

Parte de la potencia del 5 está en los patrones de la naturaleza, la geometría sagrada o el simbolismo que habita en nuestro cuerpo.

En la geometría sagrada, la estrella de cinco puntas (pentagrama) es un símbolo de protección y equilibrio.

Cinco son nuestros sentidos.

Cinco son los elementos en la tradición filosófica china: agua, fuego, tierra, metal y madera.

Cinco son las etapas del amor: atracción, romance, compromiso, estabilidad y renovación.

Cinco somos los hermanos Albacete y el quinto hijo soy yo.

Cinco fue el dorsal de las camisetas que he vestido en mi vida de deportista.

El 5 siempre en mi espalda. El 5 no es un número.

Nací un 9 de febrero. Acuario. Bien Acuario. Hay un impulso que me lleva a pensar en ese signo. Cuando me pregunto dónde empieza todo, me respondo: «En Acuario». Y soy muy Acuario.

Me encantan las innovaciones, la creatividad, manejar gran cantidad de datos y relacionarlos como por arte de magia. Amo la novedad y el aburrimiento me aterroriza.

¿Dónde empieza todo? Me pregunté en alguna circunstancia. Tal vez en el 5. O bien en Acuario.

Acaso este *todo* empezó con un viaje a Europa, o en un «¡Rápelo!». Y un «A vos no se te va de al lado ni un segundo. Si vas al rugby, lo llevás. Si después no lo podés traer a casa, lo trae el papá de Kurt». Kurt, desde los 3 años juntos.

Todo. Mi universo en dos frases que, mencionadas así, son una incógnita. Y sin embargo *son mi universo*.

¿Dónde empieza todo? Me pregunto otra vez.

En la familia. Allí es donde se forjó mi personalidad.

Mis héroes son mis padres. No tengo otros ídolos ni suelo idolatrar a nadie. Puedo compartir ideas, sentirme identificado con alguien, admirar algún aspecto de su personalidad o de su vida, pero hablar de *ídolo* es muy fuerte para mí.

Si digo que mis viejos son mis ídolos es reparar en que soy el último de cinco hermanos, y cuando veo la manera en que nos educaron, los valores que nos inculcaron y el ejemplo que nos dieron, certifico que transitaron su vida respetando lo que predicaron.

Cuando analizo los esfuerzos que hicieron para que nosotros pudiéramos tener la mejor educación y nunca nos faltara nada, advierto lo afortunados que fuimos.

La juventud es mezquina y uno a veces se fastidia si le exigen o lo obligan a estudiar para estar preparado sin tener conciencia de la importancia que tiene esto para el futuro.

Sin embargo, ellos aceptaban mi fastidio sin chistar, sacrificándose con el fin de que tuviera las oportunidades para crecer.

Solo la madurez lleva a que se valore aquello que dieron allá lejos. En mi caso, cuando con 22 años me fui a vivir a Francia, me di cuenta enseguida de lo preparado que estaba para afrontar episodios de la vida. Experiencias que jamás hubiese imaginado.

Mi viejo, Carli, se llama Carlos Eduardo, y mi mamá, Cheche, Mirta Susana. Siempre Cheche, nunca Mirta.

El mayor de mis hermanos es Martín. Lo siguen María Pilar, María Belén y Gastón. Soy el menor, el que no estuvo planeado.

Fui la sorpresa de la familia. Reunieron a mis hermanos porque tenían que darles una noticia.

Era una época en que los cuatro intuían una gran aventura, un viaje soñado. Esperaban que la sorpresa fuera ir Disney. Pero nada de Disney. La noticia era que iban a tener otro hermanito. Venía Pato, y no era Donald.

Nacimos y vivimos en el mismo departamento del barrio de Belgrano, cerca de las Barrancas de Belgrano, hasta que cada uno tomó su camino. Papá y mamá siguen viviendo allí.

Tuve una excelente niñez y me siento muy gratificado por la familia que tengo. Crecimos con mucho amor y, gracias a Dios y a los esfuerzos de mis viejos, nunca nos faltó nada.

Papá, contador y doctor en Economía, fue muy orgulloso, independiente, duro, con sólidos valores y fortaleza mental.

Tenía la impronta de aquellos a los que nada ni nadie podían derribarlo o afectarlo. Nunca dejó de ser un Superman ante mí. Se iba a las nueve y volvía a la medianoche. Recuerdo que mi vieja muchas veces se enojaba con él porque no lo veía nunca.

Jugó al rugby en Mar del Plata, en el club Bigüá. Aunque, como yo, tiene físico de segunda línea, jugó de wing. Pero a los 17 años se vino para Buenos Aires a estudiar y dejó de jugar.

Papá fue una brújula. Me empujó a que estudiara, me pidió que me formara cada día de mi vida. Controló exhaustivamente y discutió cada línea del primer contrato que firmé en Francia, el que sufrió desde la tribuna partidos clave de mi carrera. Carli, figura meridiana, un gran modelo en todo sentido. Tanto él como mi mamá.

Mis viejos llevan tantos años juntos que hablar de uno separado del otro es casi imposible. Carli y Cheche, una figura indivisible.

A veces hablaba por teléfono con uno; otras, con el otro, pero siempre hablaba con los dos. Con quien fuera que hablara, el otro estaba al lado.

Y después, obviamente, los valores que nos inculcaron en casa. En cada uno de nosotros hicieron un trabajo en equipo. Los dos pensaban de la misma manera y se sostuvieron en las decisiones que tomaron.

Siempre nos dieron el ejemplo y trabajaron hasta el agotamiento para que no nos falte nada.

Mis hermanos y yo tuvimos una infancia y adolescencia soñada gracias al compromiso y al trabajo de ellos.

Desde que nací, fui Patri, y al crecer pasé a ser Pato. Lo sigo a Gastón, que me lleva nueve años. Es el que más cerca tengo. Después está Belén, quien me lleva once; Pilar, catorce, y Martín me lleva dieciséis años.

Martín es el más distinto a mí. Abanderado, alumno ejemplar, se recibió del ITBA con el mejor promedio de su año. Es un bocho. Comenzó laburando en Techint mientras todavía estudiaba ingeniería industrial.

Se casó a los 24 años. Hijo ideal, perfecto. Se fue a los Estados Unidos con su mujer, nacida allá, para hacer cada uno un máster. Desarrollaron su vida familiar y no volvieron a la Argentina.

Siguió mi carrera deportiva y las veces que pudo fue a verme jugara en el país que jugara.

Pilar, mi hermanita tranquila. Tal vez por esa cualidad siempre me llevé bien con ella, aunque no habláramos tanto y no tenemos tantas confidencias o cosas en común. No le gustaba mucho salir. Era más de quedarse en casa, ver películas, leer, más tranquila. Practicaba natación. El único deporte que le gustaba. Siempre ha llevado, más bien, una vida reposada, introspectiva.

A diferencia de ella, los demás hicimos mucho deporte.

Con Belén fui más compinche, más jodón. Dotada de un gran humor, conoce a miles de personas y es muy jovial. Ella ama el deporte. De joven practicaba pádel, tenis, entrenaba, hacía de todo. Mucho más sociable, a Belén le gustaba salir mucho y siempre tenía un plan.

Soy el más grandote de los hermanos. Mi viejo medía 1,95, como Martín, y Gastón 1,83, por eso siempre lo jodíamos diciéndole que era chiquito y que, seguramente, era *el hijo del sodero*. Todo porque medía *nada más* que 1,83...

Las chicas, por su parte, miden 1,73.

Yo era el benjamín, pero no por esa razón era el más mimado o consentido. Me consideraban de esa manera, tal vez, cuando Carli nos juntaba a la hora de la comida. Cuando nací, los demás estaban en la suya, así que el más chico se fue criando con más libertades, menos controles y más autosuficiencia. No solía tener las miradas de mi viejo o mi vieja encima para ver qué hacía todo el tiempo.

Cada uno de mis hermanos estaba en su vida. Cuando tenía 8 años, cuando toqué por primera vez una *ovalada*, Martín ya había terminado la universidad, tenía 24. Ellos estaban en pleno auge de salir, de estudiar, de laburar, de novios... una vida muy distinta.

Los escuchaba hablar en las cenas y entonces me daba un poco cuenta en qué andaba cada uno, mientras tanto yo andaba con juguetes, haciendo mucho deporte, siempre con amigos. Tenía una vida de chico normal.

Mis viejos reposaban mucho en mis hermanos para que me cuidaran, por lo que solían dejarme bastante tiempo bajo su cargo. Si salían o algo así, recurrían a: «Total está Gastón o Belén en casa, no pasa nada».

En ese momento el rugby estaba muy lejos de ser tema de charla o discusión en la familia. Por lo único que se hablaba de rugby en casa era por Gastón. Papá a veces lo iba a ver jugar, pero no era tan seguido, ya que a mi vieja no le gustaba porque lo consideraba un deporte demasiado violento y tenía miedo de que su hijo se lastime. Y mi hermano siempre aparecía golpeado... (¡Ay, Cheche! ¿Quién te iba a decir que décadas después ibas a soportar con estoicismo quebraduras, roturas de ligamentos, operaciones y vértebras desacomodadas? Te quiero, mamá).

Gastón jugó más de trescientos partidos en Primera, fue capitán, y siempre tercera línea. Empezó como ala y terminó de octavo.

Y pensar que en algún momento yo también formé de ala en la Primera del club y, en Francia, durante unos meses jugué de octavo en Colomiers.

Gastón fue una suerte de modelo para mí. Caminaba junto a él las tres cuerdas que nos separaban del Manuel Belgrano, el colegio de la familia. Él debía entrar a las 7:30 para no tener media falta, en cambio yo, entraba a las 7:40.

Como a mí me costaba levantarme a la mañana y solía tardar dos horas en ponerme los zapatos y cambiarme, acostumbraba a ser bastante amenazante: «¡Dale, dale, Patricio, voy a llegar tarde por tu culpa! Te voy a matar, camina rápido», me decía. En esas tres cuerdas me metía más presión que Guy Novès —el entrenador que marcó mi vida— antes de los partidos. Los dos me cagaban a pedos.

Mi madre es abogada. Nunca ejerció la carrera y se volcó a la docencia. También trabajó siempre. Extremadamente culta. Una de sus grandes pasiones es leer. Fue alumna, profesora de Historia, de Educación Cívica y hasta rectora del Colegio Adoratrices de Caballito. Se levantaba todos los días a las 5:30 para prepararnos el desayuno y se iba a dar clases.

Viví una infancia y adolescencia rodeado de libros. Si tenía alguna duda sobre algo y le preguntaba a mamá, su respuesta inmediata era: «Buscá en la enciclopedia».

Después, si algún tema me interesaba, entonces ahí sí buscaba un libro específico y me lo daba.

Mi viejo era igual. Fue jefe de cátedra en la Universidad Católica Argentina (UCA), en Impuestos y Finanzas Públicas y presidente del Consejo Profesional de Ciencias Económicas de la Capital Federal (CPCE), durante muchos años.

Cuando años después inicié mi carrera de licenciatura de Administración de Empresas en la Universidad de Belgrano (UB), me choqué con una materia que no había visto nunca en mi vida: Contabilidad. Ni siquiera en el colegio secundario, ya que obtuve mi bachillerato en la rama de «Biológicas».

El primer día que pisé la facultad venía de una gira con Los Pumitas. En lugar de llegar en marzo, llegué a mitad de abril y me había perdido todas las primeras clases. Demás está decir que no entendía nada.

Para colmo, la profesora había sido alumna de mi viejo y lo amaba, lo tenía como un referente en la materia. Estaba fascinada por tener al hijo de su querido profesor Albacete de alumno. Y se creía que por portación de apellido iba a tener los mismos conocimientos que mi padre. *En casa de herrero...* Yo no sabía hacer nada.

Llego a casa y le digo a mi viejo: «Che, pa, me tenés que ayudar, por favor explicame esto».

Solo me miró. Se levantó, se fue al CPCE, que tenía una biblioteca enorme, y volvió a la noche con cinco libros y los capítulos marcados con lo que tenía que leer. «¡Te pedí ayuda, no que me exigieras más! Ayúdame a entender». Yo quería que me acorte el laburo, no que me agregue. Pero parecía que mi viejo no había entendido el mensaje...

Por eso digo y siento que mamé de mi familia la cultura del trabajo. Mejor ejemplo que ese no hay, y así lo apliqué en mi carrera de jugador de rugby.

Siempre nos incitaron y nos empujaron a hacer un deporte. Les gustaba eso, la vida sana, que salgamos, corramos, tomáramos aire, que no nos quedáramos encerrados.

Y también les gustaba que tengamos grupos. Grupos de amigos, de deporte colectivo. No le daban tanta importancia a los resultados. Sí a la parte social, a la parte saludable.

Para ellos el deporte no era más que un hobby, una actividad, como la guitarra. Nunca tomaban como opción que fueras a trabajar de eso. «Hacé deporte, pero tenés que estudiar», y vos tenías que cumplirlo.

El segundo escalón de mi formación fue el Colegio Manuel Belgrano, donde recibí una educación excelente, con los mismos valores que me inculcaron mis padres.

Martín y Gastón habían ido al Manuel Belgrano y mis hermanas al Esclavas, colegios a los que solían mandar a sus hijos muchas de las familias del barrio.

Pero también estaba el club. Una extensión del colegio, y donde también tuve educadores, compañeros y amigos que fueron y son muy importantes para mí.

El Colegio Manuel Belgrano pertenece a la congregación Marista. El hermano Aldo Gamalero fue su rector durante muchísimos años. Aldo fue también compañero de mi padre en el Colegio Peralta Ramos de Mar del Plata, donde crecieron juntos y se conocían bien.

Jugaba al rugby y era un gran defensor del deporte porque lo consideraba un deporte muy formador. Le encantaba ir a ver a los chicos jugar, y vivía los partidos con gran entusiasmo. Otros hermanos maristas no lo entendían tanto y no lo habían jugado, pero sin embargo reconocían al rugby como un deporte formativo y al club como un lugar de contención que fomentaba la vida sana y la práctica deportiva.

No me cabe duda de que la intención de Gamalero era ver en el club una extensión de los valores que trataba de inculcarles a los alumnos en el colegio. Fue el socio número 1 del Club Manuel Belgrano y alguien muy importante para la comunidad marista. Era enorme, obeso. Y Tenía métodos didácticos muy particulares...

Si estabas entre los rebeldes y acumulabas amonestaciones, te llamaba a su despacho y te decía: «¿Tres amonestaciones o un pisotón?». Y la verdad que cuando tenías veinte amonestaciones y corrías riesgo de expulsión, preferías el pisotón. Y te pisaba el gordo.

Como lo conocía y apreciaba a mi viejo, estaba cerca de Gastón, con quien tenía afinidad también por el rugby.

En una oportunidad se enteró de que un chico de tercer año se burlaba y molestaba a uno de primero. Inteligente y resolutivo, en vez de ir a hablar con el acosador, el hermano Aldo llamó a tres alumnos de quinto año. Entre ellos, estaba mi hermano y dos alumnos más, todos amigos bastante corpulentos. Y les dijo: «Tienen mi autorización para ir a apretarlo al chico de tercero. Quiero que aprenda a no ser un matón. Eso sí, solo apriete, nada de violencia... Háganme ese favor». Entonces fueron y le pegaron tal susto que el tipo nunca más se acercó a molestar a ningún alumno.

El gordo impartía justicia de esta manera.

Entré al colegio en jardín de infantes, a los 3 años, y salí al finalizar quinto año con 17. En la primaria teníamos doble escolaridad, pero en la secundaria íbamos por la tarde solo dos veces por semana, para hacer Educación Física. El resto de los días, mis padres me mandaban a estudiar inglés a un instituto o me llevaban a CUBA, donde me la pasaba haciendo todo tipo de deportes. Sí, socio de CUBA. Soy cubanito también.

Uno de esos días, teníamos Educación Física en Carupá, el campo de deportes del colegio, que el Club Manuel Belgrano alquilaba a los Hermanos Maristas para oficiar de local el torneo de la URBA.

El rugby en el colegio comenzaba a los 6 años, pero el Manuel Belgrano no es como los colegios ingleses, en los cuales el rugby está omnipresente. Aquí, solo nos enseñaban lo básico en las clases de Educación Física, ya que a muchos chicos no les gustaba.

Éramos solamente hombres y había tres cursos por año, de cuarenta y cinco alumnos cada uno aproximadamente. Éramos tantos que había diversidad de gustos, opiniones, etc.

A muchos alumnos no les interesaba hacer deportes y, a pocos, el rugby. Para ir hasta Carupá, en la zona de Tigre, lo que para mí era un bañado, nos encontrábamos temprano en la esquina del colegio, donde había una confitería llamada Norec, en las calles La Pampa y Vuelta de Obligado.

Un sábado nos entrenábamos y al otro jugábamos contra algún otro club. Cuando nos tocaba ser locales, debíamos llevar dos *sanguichitos* para el tercer tiempo: uno para vos y otro para el adversario.

Me daba bastante fiaca levantarme tan temprano los sábados, pero me divertía mucho y rápidamente empecé a sentirme cómodo en el grupo. El rugby infantil es para divertirse. Debe ser creativo para que los chicos se enganchen y vayan desarrollando sus capacidades.

Mi camada, la 81, tenía un problema: éramos pocos. Muchos de nuestros compañeros jugaban en otros clubes porque tenían mayor renombre, porque eran socios o, simplemente, porque sus padres o familiares habían jugado allí.

Llegó un momento en que el equipo fue disuelto. Tenía 10 años.

Me gustaba discutir mucho con los profesores. Con respeto pero discutir, debatir... Tenía ese espíritu rebelde, contestatario.

Siempre fui grandote comparado con el resto de los chicos de mi edad. Soy el más alto, y en el deporte marcaba diferencia por mi tamaño. Disuelto el equipo de rugby, me dediqué a otros deportes. Integré el seleccionado del colegio en vóleibol, básquetbol, fútbol y natación. Al mismo tiempo, en CUBA empecé a jugar torneos como tenista federado. Hacía de todo, pero cuando llegué a los 14 años, un día descubrí el punk-rock.

Quería tocar la guitarra, y me compré una.

Fue una época en que descubrí muchísimas bandas y tuve la oportunidad de ir a ver a Los Ramones, a Sex Pistols y muchas otras bandas legendarias a Obras Sanitarias y River.

Hice nuevos amigos. Músicos, artistas... Estaba atacado en mi época de rebeldía.

Venía mandándome todas las cagadas juntas.

A mis padres no les gustaba mucho mi entorno de ese momento.

«¿Cómo va a terminar? ¿Por qué se junta con estos chicos que no me gustan tanto, que son más rebeldones?».

Algunos eran del colegio y otros eran amigos de los que iban al colegio. No hacían tanto deporte y estaban más en el ámbito de la música.

A esa edad empecé a fumar y podría haber escrito un compendio de barbaridades que cometí.

Genial.

Me puse más rebelde aún, salía mucho y comencé a tener problemas de conducta en el colegio. Me empezó a ir mal. Me mandé varias seguidas. Y una tarde se pudrió todo...

En la previa del viaje que mis padres iban a hacer durante tres semanas por Europa con mi hermano Martín, me teñí el pelo con un tono subido de naranja. Alto como era, y con el pelo largo decolorado, parecía una zanahoria por las calles.

Llego a casa, mi madre estaba plácidamente ultimando detalles cuando me vio entrar en la casa con mi nuevo look.

—¿Qué te hiciste? ¿Qué es eso?

El estupor convierte un rostro plácido en una máscara de horror en milésimas de segundo.

Entre trámites de último momento, valijas y el orden natural en una casa donde se quedan cuatro hijos, me miraba entre la incredulidad, la desazón y la desesperación.

Quedaba a cargo de mi hermana Belén y de Gastón. Ellos suspiraban por lo que se veían venir, mientras pensaban en sus estudios universitarios y los trabajos.

Se volvió loca. Fue la gota que rebalsó el vaso. No estaba enojada. Estaba desesperada.

A la noche, cuando llegó mi viejo a casa, me dijo:

—Bueno, ya es demasiado.

Mi vieja le dijo a Gastón:

—Cuando nosotros nos vamos, te sigue a todos lados.

Yo estaba en penitencia, no podía salir, nada.

Mis viejos le encomendaron al nene y reforzaron:

—Nosotros nos vamos, pero a vos no se te va de al lado ni un segundo. Si vas al club, lo llevás. Si después no lo podés traer porque te quedás entrenando, lo trae Juan Carlos —el papá de Kurt, uno de mis mejores amigos—, que se ofreció a dejarlo en casa.

Antes de irse de viaje, mi madre me fue a buscar a la puerta del colegio. Hacía años que no lo hacía. Me agarró y me llevó directo a la peluquería. «¡Rápelo!», le dijo al peluquero.

El martes siguiente a la partida de mis viejos, Gastón me dice, firme: «Cambiate y vení que vamos a entrenar».

Él entrenaba a la camada 80, pero por mi altura y mi tamaño no tendría problema, así que me pone a entrenar con los chicos que son un año mayores que yo. Aunque llevaba cuatro años sin agarrar una pelota, me engancho enseguida. Los chicos me reciben de maravillas. Retomo con amigos nuevos. Me encanta.

Estamos en 1995 y la temporada ya va por la mitad.

La rebeldía de la preadolescencia me había devuelto al rugby. La ovalada reemplaza a la guitarra; el deporte, a la música. El destino está marcado. Me subo y no me vuelvo a bajar.

Juan Carlos, el papá de Kurt, cumplía con su promesa: me traía a casa, se aseguraba de que entrara y se iba.

Mi querido amigo Kurt Christian Stein. Hasta los 13 o 14 años, nos conocíamos más que por compartir tiempo juntos, porque Gastón era amigo de su hermano Federico y jugaban al rugby en el Plantel Superior del Club.

Antes de que yo retomara el rugby, entre los diez y los catorce siempre me decía: «Por qué no venís, por qué no venís». Entonces, cuando volví a jugar, fue uno de los que primero me recibió. Tenía muy buena onda con él, me llevé fenómeno enseguida, siempre se preocupó porque yo estuviera cómodo con los chicos y, de esa manera, fomenté una gran amistad, casi una hermandad.

Kurt jugaba inicialmente de pilar, pero terminó como segunda o tercera línea.

Un tipo excepcional para el grupo, fanático, le encantaba el rugby, un imprescindible para el grupo. Es de esos tipos que se hacen querer enseguida.

En joda le decíamos ojota, *porque no sirve para ningún deporte*. Con el tiempo terminé llamándolo «ojota u ojots». Ahora le digo *claquettes* (ojota en francés).

Le quedó este apodo cuando me fue a visitar a Francia. Yo estaba en Pau, en mi segundo club francés. En el primer año había compartido equipo con Fernando Gualtieri y James Stuart.

Fer nos invita a comer un asado a su casa. Llegamos, y Fer entonces le dice:

—Hola, *claquettes*.

—¿Qué?

—Sí, ojota en francés... ¡Juuuuaah!

En mi primer viaje a Buenos Aires, *estuve obligado* a contar esa historia. A partir de ahí, le quedó para siempre Claquettes a mi querido e inseparable amigo.

Kurt es quien siguió prácticamente toda mi carrera desde los seleccionados juveniles. Es quien me guardaba los recortes de los diarios, leía los blogs, no perdía pisada. Se hizo amigo de muchos compañeros de Los Pumas. Hablo mucho con él y sé que siempre va a estar para lo que sea.

Es chef, tuvo su restaurante, trabajó en Italia, y me visitó en Francia un par de veces. Hermano de la vida. Además está decir que cada vez que nos juntamos, es él quien hace el asado o nos deleita con algún postre o plato especial.

A pesar de las distintas responsabilidades o actividades que podemos tener, siempre nos hacemos tiempo para mandarnos algún mensaje, tomarnos un café y ponernos al tanto.

En 1995 terminé ese medio año de adaptación y en 1996 ya arranqué por primera vez en juveniles el año de cero. Menores de 16 en 1996 y Menores de 17 en 1997. Ambas temporadas las jugué completas, siempre con la camada 80. A medida que fuimos creciendo, el grupo se fue uniendo y comprometiendo cada vez más. «Si crecimos juntos, jugamos juntos», dije entonces.

Se repite aquella historia del comienzo: somos pocos; el plantel es muy corto para afrontar los torneos de la URBA. Somos unos veinte jugadores y nos entrenan Jorge Norberto, Bruno Bianchi y Raúl Bonadoni. Cuanto más progresábamos, más nos divertíamos.

En Menores de 16 tuvimos una buena temporada y nos propusimos viajar a Sudáfrica en 1997. Durante el año recaudamos fondos suficientes para que todos los integrantes de la división pudieran viajar.

Tenía un obstáculo: en el colegio venía mal, llevándome bastantes materias y con algunos problemas de conducta. Aquella rebeldía

seguía fresca y la manifestaba desafiando a la autoridad. En cierta medida, me divertía hacerlo.

Ahí apareció otra vez, fundamental como siempre, mi viejo. Sin rodeos, me puso una condición innegociable: si quería ir a Sudáfrica de gira no me tenía que llevar ninguna materia. Al saber cómo es y cómo cumple mi viejo con su palabra, supe que si aprobaba todo me iba a dejar viajar y que si no lo hacía, me iba a tener que quedar en mi casa viendo cómo mis amigos se iban a Sudáfrica.

Tenía una zanahoria por delante, así que me dediqué a los libros, puse atención y aprobé todas las materias.

Valió la pena. Aquella gira de M17 por la tierra de los Springboks significó una experiencia muy enriquecedora a nivel humano. Fue la primera vez que me tocó jugar contra equipos de otro país. Y poder hacerlo con mis amigos del club y del colegio es algo que todavía valoro especialmente.

De haber estado un año antes con el pelo teñido, la guitarra, el punk-rock, la rebeldía y la música a mi gira por Sudáfrica.

Tenía el rugby inyectado en mis venas.

Al año siguiente, en 1998, en Manuel Belgrano nos juntan en M19 con la camada 79, que les había ido muy bien a lo largo de sus divisiones juveniles. Nos veían como a *una banda de músicos*. En el verano nos fuimos a Pinamar y allí nos amalgamamos. Vivíamos el rugby con mucha pasión.

Terminamos siendo una de las mejores M19 de la historia del club.

Finalizamos el campeonato en el tercer puesto de la Zona Ganadores. Les ganamos a CUBA, a Hindú, a Champagnat... rivales históricamente superiores.

Jugar con tus amigos en tu club es lo más lindo que te puede pasar en el rugby, porque cuando sabés que realmente podés contar con el que tenés al lado, no hay manera de que no des lo mejor de vos. Atahualpa Yupanqui decía: «Un amigo es uno mismo con otra piel». Eso es lo que te da el rugby en los clubes.

En 1998 sentí que había llegado a un punto de inflexión. Aprendí cuestiones específicas de mi puesto en la cancha gracias a dos educadores que me marcaron y acompañaron durante mi desarrollo como

jugador y persona: los entrenadores Eduardo Markarian y Germán Morón. Germán fue, además, mi profesor de Educación Física en el colegio y jugaba en la Primera del club. Un gran tipo, con una vocación de docencia increíble y siempre pendiente de la gente que lo rodeaba.

Eduardo Markarian jugó durante muchos años con mis dos hermanos mayores. Fue referente indiscutido del club y entrenó las divisiones juveniles.

A pesar de parecer frío, parco y no reírse demasiado, goza de una personalidad increíble. La palabra que mejor lo define es incondicional.

Generaba una inmediata relación de confianza y su mensaje calaba hondo en los jugadores. A ellos debo agregarle a mi hermano Gastón, referente y guía para mí, al que mis padres le habían encomendado al nene rebelde.

En Juveniles competía, lo sentía cada vez que entraba en una cancha, sin embargo no se me cruzaba por la cabeza ser profesional.

Lo más importante en ese momento era divertirme dentro de la cancha, aunque a mí no me gustaba —y no me gusta— perder. Aprendí a sobrellevar esos momentos difíciles.

No hice más que disfrutar y aprovechar cuando volví a jugar después de cuatro años, desde que Gastón me dijo: «Cambiate y vení que vamos a entrenar».

Mi principal objetivo no variaba: disfrutar ese momento de alegría con mis amigos. Pero pasó algo, otro mojón.

Nuestros buenos resultados en el campeonato sirvieron de trampolín para que al final de la temporada me convocaran desde la URBA a jugar en el seleccionado M18 de Buenos Aires, a las órdenes del Tano Mazzini, hombre de Champagnat y Puma en los setenta. Ganamos el Campeonato Argentino en Tucumán.

La vida se subió a un tren bala. En ese torneo me siguieron los veedores de la UAR. Me convocaron para Los Pumitas.

Debuté en el Sudamericano, a fines del 1998, y quedé en la lista para el Mundial FIRA, en Gales. Empezaba la historia con la camiseta celeste y blanca.